

ENTRE LOS ROTOS

alaíde ventura medina

Para mi hermano, que sí fue mi cómplice.

UNO

Es importante tener un cómplice. No es indispensable, pero parece buena idea contar con alguien que también provenga de aquel lugar. Ojos que conocieron la misma guerra, que perdieron la misma patria.

Salir adelante sin un compañero no es imposible. Únicamente es más difícil. La historia se tendrá que reconstruir desde cero. Aun así, en compañía, resultará inexacta.

La primera guerra a veces es la casa. La primera patria perdida, la familia. Un esposo puede ser un buen cómplice. Un hijo también llega a serlo. Al perro le hace falta el don de la palabra. Pero el papel de cómplice primordial está reservado para el hermano, único testigo verdadero de la masacre. Mi hermano habrá tomado anotaciones distintas o puesto atención a detalles que yo he pasado por alto. Es fundamental no olvidar que caminamos juntos y que hoy nos aterrizan idénticos monstruos.

Un hermano es la manifestación del yo espejado e irrenunciable. Esa es la razón por la cual no existe el perdón

para el hermano que traiciona, y el abandono es una forma de traición.

Lo primero que me pregunto es quién nos habrá tomado esta foto, si en ella aparecemos los cuatro. En esa época no recibíamos visitas en casa. A papá no le gustaba.

Todavía vivíamos en la calle Floresta, lo sé porque el sofá es ese que mamá tiró a la basura cuando nos mudamos al multifamiliar.

Traigo puesto el uniforme de la escuela y un suéter de rayas blancas que me tejió la abuela. Mi hermano Julián está vestido de beisbolista, lo que significa que aún no había entrado a la primaria. No se quitaba el uniforme de bateador ni por un segundo.

En aquella época él todavía hablaba. Era como cualquier otro niño, quizás un poco más tierno que la mayoría. Tenía la manía de repetir un mismo chiste hasta asegurarse de que todas las personas de la casa lo hubiéramos oído. También cantaba canciones del radio sin saber exactamente qué significaban.

Wiwilí ni ayer o somarí.

We all live in a yellow submarine.

Mi segunda duda es por qué mi hermano conservaría estas fotografías. Por qué atesoraría evidencias de aquellos años. Recuperar objetos de entre los escombros sólo tiene sentido si esos recuerdos son valiosos. Pero estas fotografías no son otra cosa que pequeños abismos personales, cicatrices mal sanadas.

Mamá mira a la cámara con timidez. Tiene la pierna cruzada y la espalda recta. Una diadema mantiene en orden su cabello todavía negro.

Papá tiene las piernas abiertas y se inclina ligeramente hacia adelante, como si no hubiera tenido tiempo de acomodarse bien en el asiento.

Ahora que lo pienso, en la casa de Floresta teníamos una televisión bastante grande sobre un mueble de madera. Quizás esa sea la respuesta a una de mis preguntas. Papá debe de haber colocado la cámara encima del mueble. Luego tuvo diez segundos para acomodarse en el sofá antes de recibir el destello en los ojos.

Me gustaba mucho esa tele enorme. Tenía dos controles remotos. Los compraron con la esperanza de que mi hermano y yo dejáramos de pelear, pero había resultado lo contrario. Julián cambiaba el canal, yo lo regresaba. Él bajaba el volumen, yo lo subía al máximo para que a él le diera miedo molestar a papá.

Esa tele era muy buena, y de marca. Por eso me dolió tanto que papá la rompiera en uno de sus arranques.

Mi hermano y yo, en los columpios del parque Merced. Hay charcos en el piso, lo que indica que ha estado lloviendo. En verdad me sorprende que él haya conservado esta fotografía, según recuerdo aquella no fue precisamente una buena tarde.

Al fondo aparece el vendedor de globos que se instalaba todos los domingos a la sombra de los hules, junto a los churros rellenos. Ese vendedor me llamaba «cuatita» y siempre recordaba qué globos me gustaban más.

Oye, cuatita, mira lo que tengo para ti.

Extendía la mano para entregarme mi globo favorito: metálico con detalles de colores. Papá sacaba la cartera de mala gana, sin mirarlo, y le aventaba los billetes con desprecio. Yo odiaba ese gesto y, en esos momentos, lo odiaba a él.

Para mí, y esto no es algo que haya cambiado con el tiempo, cualquier persona que se interesara remotamente en mi existencia era considerado un amigo. Tengo un nombre difícil de pronunciar. La lengua inexperta se atora al

tocar el hiato. Si alguien llegaba a atinarle al acento, a la división de sílabas, se ganaba en automático mi lealtad. Lo habría defendido en cualquier batalla, siempre y cuando esta no implicara contradecir a papá.

Todo lo que yo podía darle a mi amigo en aquel entonces era una sonrisa espontánea, la misma que reservaba únicamente para mamá y para los abuelos. Él asentía, agradecido, llevándose la mano al sombrero.

Creo que papá nunca se enteró de aquel gesto secreto entre el vendedor y su cuatita.

En la foto mi hermano trae puestos los tenis blancos que nos causarían tantos problemas. Los bordes de las suelas están limpios, señal de que ha pasado todo el día esquivando los charcos. A la hora de tomar la foto la operación ha sido un éxito. Hemos logrado volver a casa sin hacer enojar a papá.

No contábamos en ese momento con la fiesta patronal que cerraría el acceso a nuestra calle, impidiendo el paso del coche. Mientras caminábamos a casa, mi hermano y yo nos unimos momentáneamente a la celebración. Cuetes. Luces de bengala. De pronto un buscapiés diminuto, imperceptible, se estrelló contra mi zapato. Mi hermano tuvo que pisarlo para apagar el fuego. El olor a hule quemado me sigue provocando el llanto.

Esa noche fue una de las más oscuras y frías de aquella época. Yo tenía como ocho años, pero recuerdo haber mojado la cama como cuando tenía tres o cuatro.

Si no mal recuerdo, esa era la primera vez que papá le pegaba a mi hermano. Su cuerpo no estaba acostumbrado al dolor todavía.

El mío tampoco estaba acostumbrado a cargar con el peso muerto y sofocante del remordimiento. Culpa por las cosas que hice y provoqué. Líneas rojas en la piel de mi hermano. Un pómulo purulento. Un ojo hinchado. La invención de una falsa varicela que le permitiera quedarse en casa durante dos semanas. Que no lo vieran las maestras. Que no hicieran preguntas las vecinas. Gritos de horror. La voz de un niño.

Y después, nada.

El silencio en la noche solitaria de los caídos en la batalla.